

VICENTE ARAGUAS

El mundo poético de José Luis Prado Nogueira

27 DE MARZO DE 2008

VICENTE ARAGUAS

LICENCIADO EN FILOLOGÍA INGLESA POR LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA.

PERIODISTA QUE HA COLABORADO CON *DIARIO DE FERROL*, *EL CORREO GALLEGO*, *LEER* Y *REVISTA DE LIBROS*.

EN SU FACETA DE ESCRITOR, HA PUBLICADO LAS NOVELAS *AGORA XA FOI* Y *A CANCIÓN DO VERÁN*. SU OBRA POÉTICA ESTÁ RECOGIDA EN SU TOTALIDAD EN EL VOLUMEN *MANEIRAS DE QUERER*.

AUTOR DE NUMEROSAS TRADUCCIONES Y BIÓGRAFO DE JOSÉ LUIS PRADO NOGUEIRA EN LA *GRAN ENCICLOPEDIA GALLEGA*

POR SU CONTRIBUCIÓN AL DESARROLLO CULTURAL GALLEGO LE FUE OTORGADO, EN 2006, EL PRESTIGIOSO «PEDRÓN DE HONRA» Y EN 2008 LA INSIGNIA DE ORO DE LA CIUDAD DE FERROL.



Un viaje reciente a Cartagena para entrevistarme con Ángel Oliver, nacido en Ferrol en 1918 y amigo del alma de José Luis Prado, con quien compartió muchas horas y proyectos, llegando a escribir «a man común» una función dramática titulada *Uno se va*, me aporta algún aire nuevo –aunque conocido– para entrar en la materia, para mí tan querida, pradonogueirana. Y es que al preguntarle por José Luis al novelista ferrolano, y después de que recitase de memoria un poema de *Testigo de excepción*, dio en darme esta llamativa definición: «¿José Luis? Un poeta dotadísimo, capaz de subir a lo más alto, ya se tratase de poesía metafísica, elegíaca o incluso mística. Para luego adentrarse en territorios líricos estrictamente familiares, en los que se refugiaba cuando caía en aquellos pozos insólitamente melancólicos a los que era tan proclive».

Y así es si así os parece. Pocas veces he visto una mayor capacidad de síntesis para englobar una poesía altísima, como la de José Luis Prado Nogueira, pero que a veces (tal vez deliberadamente) desciende a la práctica elemental de llamarle a todas las cosas por su nombre, en práctica por lo demás habitual en aquellas poéticas de los cincuenta-sesenta, ya desde el arraigo o el desarraigo. Por supuesto que a José Luis podríamos incluirlo en la primera de las estrategias, y sin embargo el autor de *Miserere en la tumba de R.N.* fue mucho más allá de esto, sobre todo en su libro decisivo –no otro que éste–. Y antes de seguir adelante debo citar a Félix Grande, uno de los primeros en levantar la liebre sobre un poeta atrozmente olvidado, y aún vivía José Luis, para rectificar lo que creí entenderle (e hice constar en mi prólogo a *Corazón de luz y llanto*) en el sentido de que de entre la obra de Prado Nogueira estimaba, en paralelo, *Miserere en la tumba de R.N.* y *Sonetos de una media muerte*. Pues bien, el 3 de diciembre de 2007, en acto a favor de José Luis en la madrileña Casa de Galicia, Félix hizo saber que, en su opinión, el más grande Prado Nogueira es el de *Miserere en la tumba de R.N.* Lo cual, dicho por un catador poético del instinto de Grande, amigo a

su vez de José Luis, a quien incluye en su *Balada del abuelo Palancas*, es un dato muy importante. Como también lo es el indicar que pocos poetas tan enemigos de sí mismo como lo fuera José Luis, en parte por sus ya señalados descensos a los pozos melancólicos, pero también porque Prado –inteligente y dueño de una notable capacidad de desdén, siempre desde la altura intelectual, y moral, en la que se hallaba– siempre fue consciente del terrible ninguneo a que estaban sometiendo su poesía aquellos que aspiraban a trillar campos nuevos. En los que no se apreciaba la presencia de un hombre que todo lo había conseguido, poéticamente hablando, en los años cincuenta y sesenta. Y hablo de premios como el Ciudad de Barcelona, Nacional de Literatura o Leopoldo Panero. Esto sin contar con la explosión crítica –favorable, ya se entiende– provocada por la aparición de *Miserere en la tumba de R.N.* Un libro que hizo subir el diapasón encomiástico a críticos de la talla de Melchor Fernández Almagro, Guillermo Díaz Plaja o Gerardo Diego. Melchor, el clásico Melchorito de Federico García Lorca, llegó a comparar a José Luis con Valdés Leal y Quevedo, Bécquer y Rilke, en su capacidad elegíaca. Pero más definitivo sería Manuel Alcántara al exponer: «Yo me atrevo a decir que desde los versos de Lope a la muerte de su hijo Carlos Félix no había existido en poesía castellana mayor, ni mejor, ni más claro impulso de amor paternal hecho verso». Es evidente que después de todo ello José Luis Prado Nogueira, bien que por coquetería jamás llegase a admitirlo, tenía razones suficientes para considerarse preterido. Y aun para saberse (tampoco, que yo sepa, hizo público este sentimiento, que yo me limito a suponerle) moderadamente soslayado por algunos compañeros de milicia, que no veían claro qué cosa hacía un oficial de la Armada jugando a hacer versos, cuando menos extraños, y desde luego por aquellos intelectuales de izquierdas, lo que no es necesariamente un pleonasma (y sin duda no lo era en el Café Gijón de aquella época, frecuentado por José Luis), que tampoco entendían la adscripción a la poesía social de un comandante, o teniente coronel, o coronel de Intendencia. En la rama social del árbol poético coloco yo a José Luis, bien que este extremo me fuera negado por José Hierro, en conversación mantenida en el Hotel Almirante, el 22 de noviembre de 2002, a propósito del libro más «beligerante» de José Luis Prado cual es *Oratorio del Guadarrama*. Pero en todo caso estos no son sino un par de apuntes para comenzar a entrar en materia. Una materia para mí altamente gozosa y en la que me vengo implicando desde mayo de 1977, cuando adquirí en el madrileño Paseo de Recoletos, Feria del Libro Antiguo y de Ocasión, un ejemplar de *Respuesta a Carmen*. Ese libro, tan hermosamente maquetado como todos los de la Colección Adonais, de tamaño bien manejable, fue mi compañero inseparable en un viaje por tierras riojanas y burgalesas, y culpable de una noche de insomnio en el Hotel Madrid de Logroño. Y es que hasta ese día JLPN no había sido para mí sino un mito, un personaje homérico de quien aguardábamos en Ferrol su retorno algún día. Al que esperábamos siempre a punto de traspasar la boca de la ría, y mientras tanto nos llegaban ecos lejanos de sus éxitos literarios. Arribaban sonidos, sí, pero no

lecturas, tal vez porque lo familiar a veces se queda en eso. Y en las escuelas de Ferrol, en el instituto, José Luis era un eco. Faltaba por distinguir, machadianamente, su voz. Y eso lo hice aquella noche de Logroño, tan tarde y sin embargo aún pronto, porque todavía llegábamos a tiempo a José Luis: un clásico.

Que nace en Ferrol el 29 de enero de 1919, en María, 161, en una vivienda que tenía balcón y «costureros», y por lo tanto se parecía poco al edificio actual, en el que se halla una lápida que recuerda allí el natalicio del poeta. Una placa que incorpora versos del poema *Niño sin chubasquero*, probablemente el más ferrolano de nuestro autor, y que comienza diciendo: «Recuerdo vagamente, de tus años,/ una ciudad del Norte sin estrellas/ donde nací, ciudad de marineros/ con frío y nubes bajas, donde el agua/ picaba en los maineles su cansado/ ritmo. Yo sé que desde entonces llevo/ frío y lluvia en el alma/ Y amo aquella ciudad con el terror y la ternura/ con que la muerte propia pueda amarse». Versos, en fin, de *Oratorio del Guadarrama*, de 1956, el segundo libro de poemas de José Luis, repleto de poesía humanísima (arraigada) y a la que había llegado desde un viaje intenso y denso, a partir de proclamas cósmicas, y un punto telúricas, con claves metafísicas e intentos de explicar (y explicarse) el origen de las cosas. Tal era *Testigo de excepción* (1953), un libro arrebatado –robado a la certeza del sentimiento poético, en contradicción tal vez con el camino profesional de José Luis, para pocas gaitas líricas–, en el que Prado desplegaba todas las habilidades métricas aprendidas en sus días bélicos (de parón forzoso en el Penal de Mora de Toledo), de la mano de José García Nieto, su segundo mentor poético (el primero, su hermano Carlos Prado Nogueira, también ferrolano, también gran poeta, también miembro de la Armada). Pero antes del paréntesis de la Guerra, José Luis había vivido, además de en Ferrol, en Bilbao, fijando su residencia en Madrid en 1931. Aquí hace estudios de bachillerato y le sorprende el estallido del conflicto más terrible que jamás hayamos vivido. Como consecuencia de él, José Luis, ya se ha dicho, es internado en Mora de Toledo, hasta el 26 de marzo de 1939. Cuando finalizó todo aquello, en palabras del poeta, «algo abominable que ultrajó mi juventud», palabras recogidas por Carlos Polo en *Galicia, en sus hombres de hoy* (Talleres Gráficos Nuestra Señora de Loreto, Madrid 1971), José Luis optó por ingresar en la Armada siguiendo la sugerencia paterna, y después de una noche de llanto (confesión que me fue hecha por él mismo en nuestro primer encuentro, Pub El Cóndor, Majadahonda) por tener que dejar de lado los proyectados estudios de Historia. Dígase de paso que en la Armada, en la que alcanzó el rango de coronel de Intendencia, Prado sería un profesional muy considerado a lo largo de los diferentes destinos que fue ocupando: Guinea Ecuatorial, Madrid, Gijón –tal vez sus mejores años, al frente de la habilitación de la Comandancia de Marina gijonesa–, Madrid de nuevo, ciudad en la que viviría desde 1965, en Don Ramón de la Cruz, 11, siempre junto a su esposa, Carmen Calvete, con quien casaría el 16 de junio de 1947, musa de *Respuesta a Carmen*, y la persona más activa, junto a su hija, Carmen Prado, corazón las dos de luz y llanto, como en el verso

magistral del poeta, en los trabajos de mantener encendido el recuerdo de José Luis, quien fallecería en Madrid el 15 de febrero de 1990. Del desdoblamiento vital a que fue sometido Prado Nogueira y el juicio personal que le mereció dan fe sus propias palabras, pronunciadas el 16 de noviembre de 1989 en el último acto público en el que tomó parte, la conferencia *Reflexiones sobre mi poesía*, dictada en la Escuela Universitaria de Formación de profesorado de EGB «Santa María», de Madrid. Y dijo entonces José Luis: «Empecé por ser un profesional –sin vocación– de la Marina y terminé siendo un profesional –también sin vocación– de la Poesía. Algo muy ajeno a mi instinto de abstracción y de contemplación, todo ello. Pero algo que resultó un inmenso acierto en un concreto sentido: mi trato con unos y otros, con las gentes de la Marina y con las de la Poesía, ha sido largamente gratificante. Creo que el Designio, benevolente conmigo, lo hizo todo por mí: difícilmente puede un hombre hallar mejores camaradas de vida».

Así pues, Prado Nogueira tras un aprendizaje fructífero, con los maestros ya señalados, y a través de palestras tan reconocibles (y aun reconocidas) como la revista «Garcilaso» (y en pocos como en José Luis, militar y poeta de altura, sería tan asimilable el maravilloso lírico toledano), se dispone a dar su primer paso poético, con *Testigo de excepción* (Gráficas Uguina, Madrid 1953). Un libro de difícil clasificación, incluso para aquella época, en el que el misticismo se alía con una concepción irónica del mundo, al menos en el momento de su edificación, Adán y Eva incluidos. El metro manejado por José Luis resulta naturalmente clásico en esta primera aventura lírica en condiciones, en edición privada, para cuya financiación algo tuvo que ver quien ya era su compañera a todos los efectos. Y no quisiera finalizar esta primera recalada en el mundo poético de JLPN sin citar unos versos de ella, aquellos en los que la posible épica se ve vencida por un arrebató lírico. Y entonces, en esa enajenación dulcísima, José Luis dio en escribir: «Pero a lo lejos llueve/ llueve una melodía/ dura, cortada, breve,/ insospechada, un bálsamo/ de luz que nos transfiere».

Estimulado por una recepción crítica elogiosa, pero sobre todo por un ansia de comunicación (el deseo de conocimiento se le supone a poeta tan reflexivo), José Luis aborda la temática familiar en *Oratorio del Guadarrama* (Ágora, Madrid 1956). Una cuestión de familia, de arraigo, pues, en este libro que tiene como pretexto, y el primer poema no nos dejará mentir, la estancia en la Sierra del Guadarrama de la familia Prado-Calvete con el fin de que Guillermo, uno de los hijos de José Luis, curase sus maltrechos pulmones. Hasta ahí la anécdota, mínima, si no se viese acompañada de un sentimiento radical que la hace subir hacia los espacios siderales de la categoría. Esos espacios presentes en todo el libro, de atmósfera transparente, pero muy en concreto en ese poema delicioso que se llama *Platillos volantes*, y que tanto le gusta a mis amigos-poetas Manuel Moreno Márquez e Ignacio Elguero. Y ojo, que aquí hay vuelo intenso pero también caídas, que demuestran que José Luis, y voy a ser un poco abogado del diablo, estaba ensayando todavía el juego de la poesía colo-

quial. A veces con «modernidades» –moneda común en poéticas posteriores– como meter en un poema soberbio a héroes deportivos como Federico Martín Bahamontes o Jesús Loroño, y con huellas del mejor Miguel Hernández (lo que demuestra, también, por donde iban los tiros pradonogueiranos) que se llama *El niño de la leche y el niño de la carne*. Este libro, tan legible hoy, lo que prueba que en él primaba la categoría, seguía haciendo avanzar al poeta Prado Nogueira, quien en *Respuesta a Carmen* (Colección Adonais, Madrid 1958) estaba ya preparado para construir un poema rigurosamente unitario, un «puzzle», un artefacto explosivo –por su capacidad de conmoción– con el que manifestar sus emociones con argumento, con esencia del principio a fondo. También para inmuscirse él mismo en el resultante, y no de otro modo podrían entenderse estos versos: «...Te quisiera/ decir: ése soy yo, José Luis Prado,/ eso sólo soy yo, la imagen o ídolo/adorado por ti...» Unos versos enmarcables junto al retrato que aquí se hace de la compañera y mujer, pero no desde el tópico post-romántico, sino a partir de un distanciamiento –podríamos decir– metafísico. Desde una distancia pudorosa como la que va trazando el expreso de Cataluña en que va subido el poeta. Quien aquí inaugura igualmente su querencia por la poesía epistolar o monologada que seguirá siendo constante en su obra. En la que le quedaba por venir y que encontraría punto cenital dos años después en lo que muchos hemos dado en considerar el mejor libro de José Luis Prado Nogueira. No otro que *Miserere en la tumba de R.N.* (Colección, Isbiliah, Sevilla, 1960), ese prodigioso soliloquio en mil cuatrocientos tres impecables endecasílabos plantado por José Luis Prado Nogueira, como ciprés más que altivo, ante la tumba de su madre, Rosario Nogueira Gorostiaga. Enterrada en el viejo camposanto de Canido, donde hoy se alza un –suponemos– alegre instituto. Doña Rosario, consten sus datos como inspiradora que fue de libro tan soberbio, había nacido en Bilbao, el 6 de mayo de 1892, falleciendo en Ferrol el 30 de enero de 1939, según consta en su acta de defunción, que llegó a mis manos a través de la estupenda Eva Prado Piñeyro, sobrina de José Luis e hija de Carlos Prado Nogueira. *Miserere en la tumba de R.N.* (recientísima edición, junto a *Oratorio del Guadarrama*, Universidad Popular San Sebastián de los Reyes, Madrid, 2007 con prólogo de quien dicta esta conferencia) ganó los premios Ciudad de Barcelona y Nacional de Literatura, convirtiendo a su autor en poeta indiscutible a poco de su primera salida. Que luego se alzara sobre ambos la «atroz indiferencia» de que hablara Félix Grande sería otro cantar. De momento digamos que este libro, cargado de referencias y referentes bien próximos, es gesto desolado, acción alucinante ante quien va a encontrar de nuevo vida gracias a los versos prodigiosos de su hijo. Quien lejos de entonar palinodias misericordiosas revuelve –y resuelve– esta vez su temática con pluma-cucharón, con verso muy bien medido en el que la música, como quería Verlaine, va primero y resulta requiem sintomático en una suma coral de voces, que a veces nos llevan hasta *Spoon River Anthology*, de Edgar Lee Masters, o al *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Porque aquí todos están, seguramente, muertos y queda solamente en

tierra (y no bajo ella) José Luis Prado Nogueira, a cargo de levantar acta de tanta desolación, tanto misterio. Que ni siquiera quedan ocultos sino en suspensión tras ese final «in crescendo», que dice: «Eh, Tú, Quien seas, Tú, Vigía: apiádate/ de todos éstos y de mí. Que nunca/ se quede el hombre sin saber qué ha sido/ tanto amor, tanto anhelo y tanta gloria.» Como consecuencia de una depresión padecida por José Luis, como causa indirecta pues el poeta de verdad, y JLPN obviamente lo era, jamás podrá permanecer inactivo (sí en silencio o callado, pero nunca pasivo), éste elaborará un libro nuevo: *Sonetos de una media muerte* (Colección Palabra y Tiempo, Madrid 1962). Un volumen espléndido que denota el magisterio de nuestro poeta a la hora de encadenar la combinación incombustible de cuartetos y tercetos. Un libro cuajado de perlas, pero que no se limitan a ser el consabido pretexto para el ingenio, sino que trascienden su papel de adorno y ser concepto. Y escojo como ejemplo bien logrado, de hermosura formal y descenso profundo a los pozos éticos, el siguiente soneto de final rotundo, también por estar dedicado «A Carlos Prado, hermano mío»: «En verdad, en verdad, es de los finos/ de corazón el reino segregado/ del estupor, un reino condenado/ a sí, perpetuamente. Sus vecinos/ son cinco nada más. Cosechan vinos/ dulces de soledad. Hunden su arado/ en un yermo de lágrimas. Colmado/ han su dolor/ abierto sus caminos./ Mas los que en él nacen, no hallan senda:/ huellan sus montes, violan sus jardines/ de leves flores en constante ofrenda./ Ellos se cierran, cierran sus confines./ Confinanse ya en lirios, ya en jazmines./ Y un cerdo va y, sin más, pasa y merienda». El siguiente libro de José Luis es *La carta* (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1969) Premio Leopoldo Panero. Un libro de nuevo peculiar, diferente, bastante insólito en el panorama de la época, y en el que —utilizando otra vez la manera epistolar— José Luis se dirige ahora a un antiguo amor de juventud, reconstruyendo aquellos puntos oscuros de su biografía que enlazan con los ardores prebélicos. Luego la cosa proseguiría en tono apaisado, cuando no ocre, en lo que se refiere a las revelaciones de la memoria propia. Y sin embargo en este volumen, tan arrebatadamente lírico como prosaico a veces, José Luis Prado abre de nuevo las puertas de su corazón, de luz (y necesariamente) también de llanto. Que arranca en dulzura paralela con la lluvia, porque en su finura al puntear los cristales, el propio poeta cree adivinar «sus golpes ahogados/ de fieltro y de melancolía,/ golpes que no son sino ecos:/ nombres, ciudades, imágenes, tiempos, palabras,/ gotas de otra lejana lluvia/ que igualmente empañó el cristal del alma mía/ y que el ardor de mi juventud secó.» Esto para empezar, que después sigue otro soliloquio impecable desde la altura del tiempo recuperado, con amigos y familiares del lado del poeta. Y de entre éstos cabría destacar un tío Vicente, inefable, contrapuesto ideológicamente al padre de José Luis, en versos ciertamente coloquiales, deliberadamente prosaicos, y sobre todo su hermano Carlos, inspirador —como ya hemos dicho— de la dicción lírica, de la pericia métrica del autor de *La carta*, quien en ella lo define de la siguiente manera: «el más amado de mis muertos y tal vez, de mis vivos,/ el que puso en mis labios la sal justificante de la

Poesía.» (Carlos Prado Nogueira, Ferrol, 1914, Palma de Mallorca, 1962) licenciado en Derecho y miembro del Cuerpo de Intervención de la Armada, fue además autor de dos libros de poesía, *Canción sentimental* (Madrid, 1937) y *Del viento verdecido* (Madrid, 1953). *La carta*, en fin, es libro diferente, que su propio autor vacila en considerar «novela tan sólo». Y sin embargo en su esencia, en su profundidad lírica, están la longitud y latitud poéticas que un volumen de poesía, para llamarse tal, debe incorporar. Incluyendo ese remate magistral, en el que vuelven a sonar las paletadas inmisericordes de *Miserere en la tumba de R.N.*: «Tú resonarías con mis huesos cuando alguien les dé tierra./ Y cuando nada los cubra,/ algo que te habrá bebido en mi carne,/ algo larvado y mísero,/ otro gusano que no sabrá escribir cartas ni poemas,/ pero que estará vivo bajo el sol./ seguirá proclamándote/ a este lado de mi silencio».

Y aún quedaba un libro, a la espera de ese *Versos en clave de fantasma* que se nos anuncia de próxima publicación en la Colección Esquíu, paso fundamental en la recuperación de la obra entera de José Luis Prado, antes de que tan enigmático autor entrase en el salón de los silencios, silencios del perplejo delante de la indiferencia que estaba sucediendo al clamor, silencios de la inteligencia que tiene frente a sí la mediocridad. Y ese libro no fue otro que *La rana* (Colección Arbolé, Editorial Oriens, Madrid 1969), significativo ya en su enunciado, de nuevo prosaico adrede, otra vez teñido de ese humor apocalíptico de José Luis Prado, cargado de sarcasmo contra la Europa que se venía venir sobre sí misma, pero no con aires culturales abiertos, como jardín espiritual, sino como corral de mercancías, a modo de templo sin bóvedas para facilitar en su interior el aterrizaje de los aviones de carga. Y en ese libro despedida provisional hay un poema espléndido, como escrito en estado de alucinación que se llama *Poeta*. Un poema bien articulado (en su deconstrucción) que se inicia con el Strawinsky de *Petrouchka*, y acaba con Cervantes (buen alfa y omega) allí donde el poeta confiesa, de nuevo el soliloquio para que Prado se encienda:

y escribo mis impresiones a las tres de la mañana
para seguir siendo poeta de palabras, porque algo hay que
hacer
hasta que llegue eso que llega
y Maese Pedro queda tranquilo y sin opción
y sus muñecos, erre que erre, sigan tararí, tarará.

Y luego, después, el silencio, testarudo, sagrado para el poeta autosilenciado y –por lo tanto– silencioso. Bueno es darlo por clausurado ahora que hay síntomas, indicios, cada vez más claros de que José Luis Prado Nogueira sigue vivo. Por mí que no quede. Muchas gracias.

Majadahonda, días de febrero de 2008